



# Franco Vaccarini

René Morsa

//

El poeta  
y la polilla  
del saco azul



## **PLAN NACIONAL DE LECTURAS**

Coordinación: Natalia Porta López

Edición: Teresita Valdetaro

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

### **Ministerio de Educación de la Nación**

Plan Nacional de Lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

[plannacional.lecturas@educacion.gob.ar](mailto:plannacional.lecturas@educacion.gob.ar)

República Argentina, julio de 2021

---

“René morsa”, “El poeta y la polilla del saco azul”, de Franco Vaccarini.

© Franco Vaccarini

Ilustraciones: Paula Salvatierra



Texto publicado por el Plan Nacional de Lectura en el marco de la colección “Escritores en escuelas”, 2009

# RENÉ MORSA



**H**ace poco soñé que yo estaba en Mar del Tuyú y que allí conocía a un personaje muy extraño: René Morsa. Una historia por demás inquietante y que nunca podré olvidar.

En el sueño yo llevaba puesto mi rompevientos para romper al viento y un par de anteojos de sol para protegerme del sol. Caminé por la avenida Costanera hasta un parque con cientos de eucaliptos y le pregunté a un anciano

por el Paseo de los Artesanos.

–El Paseo de los Artesanos es acá, donde está usted parado, joven –me informó.

–Pero aquí no veo a ningún artesano –aclaré.

–Elemental, joven. Es temprano y ellos trabajan a partir de las ocho de la noche.

–¡Qué loco! ¡Nada me sale bien! –dije, con fastidio.

El anciano pareció compadecerse y me hizo una propuesta:

–Tiene usted una interesante alternativa, joven. Puede visitar nuestro museo.

–¿Un museo? ¡Qué loco! –exclamé.

Me hizo señas para que lo siguiera hasta el medio del parque, donde me señaló una casa pintada de amarillo.

Un cartel de madera con barniz, anunciaba en el frente:

### Museo del capitán René Morsa

–¿Quién fue René Morsa? –pregunté.

–Soy yo, muchacho. Fundador y director del museo.

–Qué buena idea, capitán. Qué loco –dije, por no saber qué decir.

Lo que pasa es que es raro encontrarse con el fundador de un museo.

–Es una idea genial, sin duda. Yo, con esto, quedo en la historia seguro –confirmó René Morsa.

–¿Cuánto cuesta la entrada? –me atreví a preguntar. No estaba dispuesto a pagar una fortuna. No tengo siquiera una miserable fortuna para regalar a cualquiera que se llame René Morsa.

–Menos que ir al cine y más provechoso –sentenció.



–¿Para usted el cine mató al museo? –agregué, por decir algo.

–Sin duda: antes, esto estaba lleno de museos. Mar del Tuyú era una fiesta –acordó René Morsa, con despecho.

–¿Y para qué sirve un museo? –pregunté.

–Yo no sé para qué sirven los museos en general; sé para qué sirve el museo de René Morsa, o sea, el mío.

–¡Qué loco! ¿Y para qué sirve?

–Sirve para que los recuerdos del capitán Morsa no desaparezcan en el olvido. O sea, para que no me olviden.

–Qué loco –dije.

–Reloco, sí –me contestó René Morsa.

En la sala faltaba espacio para tantos anaqueles, repisas, vitrinas, rinconeras, aparadores, armarios y estanterías de todo tipo con cientos de objetos. Vi timones, botes salvavidas, brújulas, arpones de barcos pesqueros, redes, anclas. Tomé mi libreta de apuntes y la birome. René Morsa, que me observaba desde la puerta, intervino:

–Veo que está tomando notas.

–Así es –contesté automáticamente. Estaba abstraído con un tanque de pólvora para cañón de 1912, según decía el cartelito.

Y con total naturalidad, agregué:

–Soy escritor, me gusta escribir sobre mis sueños –al tiempo que admiraba un colmillo de tiburón.

–Debe ser refuerte, reloco –filosofó Morsa.

Me señaló con orgullo un pedazo de madera vieja dentro de un cofre de vidrio.

–Pertenece a la quilla de un barco.



–Qué quilla tan coqueta. ¿Y esos animales?  
Señalé un carpincho, tres caranchos, un chajá, dos patos silvestres y un pingüino.

–Fui marino y gran observador de la naturaleza. Embalsamé yo mismo estos ejemplares.

–Qué loco –insistí yo.

–Reloco –insistió él.

En un botiquín, a la izquierda de la quilla había Jarabe de ratania, Agua destilada de laurel cerezo, Pomada de azufre, Grasa de Chanco y Polvo de Tolú.

En un sector llamado Variedades, había un boleto de tranvía usado por el capitán Morsa en un viaje a la Capital, y otras cosas (casi cuatro mil cosas más). Entre ellas, una horma para hacer los zapatos del rey Alfonso XIII (era chueco, me aclaró Morsa), un peine de hueso de ballena y un espejito con marco de hierro.

–Esta es mi máxima preferida –señaló el capitán Morsa, ante un cartelito:



El tiempo se había pasado volando, como siempre.

–Antes de irse elija un recuerdo, se lo regalo –me ofreció.

Elegí el colmillo de tiburón y lo guardé en el bolsillo de mi rompevientos.

El capitán me miró con una sonrisa triste:

–¿Por qué está tan triste?

–quise saber, curioso.

–¿Y a usted qué le parece?

–Ni idea.

–Me da tristeza saber que usted está por despertarse. Se olvidará de mí, del museo, de todo.

–Qué loco –repetí.

–No crea que le estoy haciendo un reproche. Es lo normal.

Y eso fue todo. Sonó el despertador, me levanté y comencé un día nuevo con un jarro de café.

Esa mañana le conté el sueño a una amiga:

–Qué loco –me dijo.

–Sí, reloco.

Durante parte del día recordé vagamente el sueño, hasta que se disolvió como tantos otros.

Pero hoy, sin embargo, volví a pensar en él, cuando al ponerme mi viejo rompevientos, un objeto duro apareció en un bolsillo.

Un colmillo de tiburón.



## EL POETA Y LA POLILLA DEL SACO AZUL

Existió hace mucho un poeta en Bagdad. Su nombre era Mulaj Edén y ante personas desconocidas era muy tímido, tanto que se ponía colorado. Descubrió que podía evitar el ponerse colorado si hacía control mental. Solía caminar por la

calle pensando “No me pongo colorado, no me pongo colorado, ni parado ni acostado, no me pongo, no me pongo, no me pongo colorado”. Se concentraba tanto en el control mental, que no saludaba a nadie.

—Ahí va el petulante de Mulaj Edén, quién se creerá que es, siempre tan arrogante —comentaban las señoras al verlo pasar, ignorando que estaba haciendo fuerza para no ponerse colorado.

Era un poeta de gran vocación. Sus poemas no le gustaban a nadie, y eso hacía más firme su voluntad y más clara su vocación. Cuando recitaba poemas se olvidaba de todo: de que era vergonzoso y de que sus poemas no le gustaban a nadie y hasta de hacer control mental para no ponerse colorado, aunque también se olvidaba de ponerse colorado. En general, la gente entiende que la poesía habla de las flores, del otoño y del amor, así que consideran buen poeta a cualquiera que diga:

En el otoño,  
retoños  
no crecen.  
En la primavera,  
las flores florecen.

Otros poetas recitan cosas así:

Bella es la arena al sol  
cuando esconde una flor.  
Si me das un beso,  
yo te doy mi corazón.

Y la gente aplaude y dice:  
¡Qué fino! ¡Qué inspirado!  
Y hasta algunas señoras opinan:  
Ay, qué buen novio para la nena un poeta así.  
Pero Mulaj Edén escribía poesía diferente,  
escuchen:



Harta,  
juega a cartas,  
bate la pancarta, corre  
y bate sus marcas.  
Llega a Pandemonium,  
la ciudad de los demonios.  
En su ausencia,  
a la florucanta  
se la comió el ratonitium  
sin decencia.  
Tomó Stramonium.  
Y se nubló,  
no hay solarium.  
Qué lunario,  
dijo el canario  
cuando se lo comió el tiranosaurio.

Después de entonar versos con este contenido, mucha gente fruncía la nariz, los señores más nerviosos sufrían picos de presión y la mayoría del público se retiraba indignado de la sala. Cierta vez, hasta recibió un carterazo de la esposa del califa Heropás, que era más buena que la sopa de verduras. Él insistió con declamar sus versos en público y anunciaba sus recitales con el título de: La Poesía del Futuro. Pero no iba nadie. Mulaj Edén lo encontró muy lógico: “Van a venir en el futuro”, se consolaba, convencido. Mulaj Edén no se rindió. Organizó reuniones en su casa, que llamó orgullosamente: Las mil y una noches con Mulaj Edén. A la primera noche asistieron su mujer y unas amigas, pero antes de terminar la función ya no eran más amigas. Temerosa de perder a sus relaciones para siempre, la mujer le prohibió recitar las mil noches siguientes. Como Mulaj Edén protestó, ella fue más estricta todavía: le juró que no lo dejaría escribir mientras viviera.

–¡No soy tu mula, Mulaj! –le dijo la esposa a Mulaj.

Desde ese día, cada vez que Mulaj Edén ponía cara de poeta, la mujer cantaba operetas con voz aguda, rompía vidrios o le gritaba al oído:

–¡Leruleru teruteru! ¡Leruleru carpinteru! ¡Leruleruleruleruleruleru!

Mulaj Edén terminó escribiendo dentro de un armario, oculto en su propia casa, a altas horas de la noche, cuando su mujer y los ciudadanos de Bagdad dormían. Alumbrado por una vela que se derretía apurada (quería apagarse pronto la vela y adivinen por qué: no le gustaban los versos de Mulaj) escribió poemas maravillosos a la polilla del saco azul, como el siguiente:

Vepeopo upunapa linpindapa popolipillapa lapa  
upunicapaca quepe mepe dapa bopolipillapa

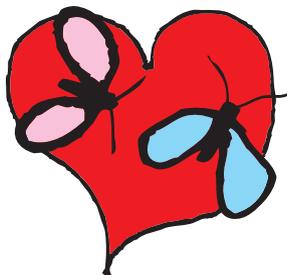
La traducción a nuestro idioma sería:

Veo una linda polilla,  
la única que me da bolilla.



Dicen que un día el poeta de Bagdad le pidió al hada de Bagdad que lo convirtiera en polilla macho. Cuando Mulaj Edén se hizo polilla, no se olvidó que de hombre fue poeta, así que continuó recitando grandes obras, todas dedicadas a la polilla del saco azul, que aceptó su propuesta de casarse.

Y vivieron con tal delicia, que se comieron hasta las camisas.



---

# Franco Vaccarini



Nació en una zona rural del partido de Lincoln, provincia de Buenos Aires. Es escritor. Ha publicado más de 80 títulos, entre los que se destacan *Algo que domina el mundo*, *El rey Mío*, *Otra forma de vida* y *Nunca estuve en la guerra*. En 2006 recibió el premio El Barco de Vapor. Dirigió la colección Galerna Infantil y luego se desempeñó como gerente editorial de SM Argentina.

Podrás leer más cuentos de Franco Vaccarini en la colección LecturaS:

[www.educ.ar/recursos/153229/plan-nacional-de-lecturas](http://www.educ.ar/recursos/153229/plan-nacional-de-lecturas)

---

# Leer es tu derecho.

El **Plan Nacional de Lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.